

Reloj de arena

Los senderos de las verdades que se bifurcan

Por Alejandro Bruzual
relojdearenabruzual@gmail.com
alejandrobruzual.wordpress.com

Buen narrar implica verosimilitud. Transmitir un ámbito de situaciones y dinámicas que se hacen posibles sin tener que ser realidad tangible. No responden al afuera del texto, pero la verosimilitud arrastra la experiencia de verdad que su significado refiere. Pero lo es por razones propias, no por apariencias, como le atribuye el mundo de los hechos fuertes. Narrar establece mecanismos que contrastan la capacidad de advertir lo diverso más que lo equivalente. Así, la literatura ensancha el conocimiento de lo real a través de la imaginación. Siembra sentido y sus tempestades se capean de otro modo. Narrar es exactitud de emoción. Ahí van los ríos a desembocar en el recuerdo. La percepción que importa recorre la piel, no penetra los huesos, es un adentro y afuera al mismo tiempo. Dijo Perogrullo que El Quijote es más humano que lo que la inmensa mayoría de nosotros hemos sido. Más histórico y decisivo que muchas batallas. El caballero existente por la voluntad de ser nuestra. Su verosimilitud se hizo verdad, su ética debería serlo para liberar galeotes del poder siempre injusto, dar consejos certeros no importando el fracaso del mando, inventar el amor para lo inventado.

La gran literatura ejerce una tiranía de consistencia. Establece libertad y luego la cumple. Incluso, la aparentemente absoluta del surrealismo excluye lo obvio, lo previsto, lo consecuente. El ejercicio escriturario es, así, ejercicio de libertad siempre acotada, que solo llevándola adelante se realiza. Una vez impuesta, cualquier recurso aislado traiciona la totalidad y se torna error. Igual pecan los excesos. Incluso en la música, cuya subjetividad racional no tiene referentes exteriores a los sonidos.

Al menos desde Wilde se ha repetido que la vida imita al arte. Dios, mal artista, deja cabos sueltos, inconsistencias que sus criaturas incómodas y racionales tendemos a ordenar para no perder el aliento involuntario. En un extremo, Michael Moore decía, en un programa televisivo sobre Bill Clinton, que con medio millón de dólares podría descubrir cualquier barbaridad en cualquiera, o inventarla y hacerla verdad como la que más. Débil estética, sin embargo. Un mundo que reparte culpabilidades para recrear seres dominados. En el otro extremo,



“Niña entonces, iba al consultorio del viejo, y al no tener cómo pagarle y poco que comer, finalmente su madre se la había cedido. La conocí en una casa de veraneo que tenían en Attersee, en las fantásticas montañas austriacas donde Klimt pintó paisajes alejados de la afectación comercial de sus dorados y de sus besos”

también la literatura colapsa y la vida se hace increíble.

Llegué a Ada por intermediación de una amiga suya que conocí a mi paso por Graz, y que pocos meses más tarde se suicidaría. No recuerdo la razón, pero ahí comienza esta historia a imponer reglas. Estudiaba Psicología en Viena y su hermano mayor hacía teatro, monólogos satíricos de cabaret. Pronto descubrí que su padre la había manoseado cuando niña. Su madre, que era unos 30 años menor que él, no la dejaba sola, y se encerraba con ella para bañarla o vestirla. Era médico y había trabajado en un campo de concentración. Recurrentemente, su mala conciencia le jugaba trances. Sentado en un viejo sillón, hablaba solo, y asustaba a sus hijos imitando los quejidos de los judíos cuando los iban a matar. Ella se escondía aterrada, sin saber todavía que esos gritos le arañaban el alma para siempre. Golpeaba, además, al hermano hasta dejarlo exánime, precisamente por llorar mucho. El

nazi anciano, sin embargo, no cobraba consulta a los más pobres de su pueblo, gitanos e inmigrantes que despreciaba abiertamente. No en balde era Branau, lugar natal de Hitler, donde todavía se le rinde culto, pero no como lo que fue, una de las grandes personalidades de la historia que renovaron el sentido de la maldad, la violencia y el terror.

Contaba Ada que su madre lo había conocido poco después de finalizada la guerra, pues el hipócrita soldado apenas pagó prisión. Niña entonces, iba al consultorio del viejo, y al no tener cómo pagarle y poco que comer, finalmente su madre se la había cedido. La conocí en una casa de veraneo que tenían en Attersee, en las fantásticas montañas austriacas donde Klimt pintó paisajes alejados de la afectación comercial de sus dorados y de sus besos. Todavía una mujer joven, tenía los cabellos grises, amarrados en un moño que le golpeaba la nuca, y usaba falda negra por debajo de las rodillas y zapatillas sin tacón. Sus

pequeños ojos se inclinaban a dos aguas. Pasaba de un silencio total a una suerte de palabrería incontenible, con muecas de sonrisa. La recuerdo sentada rígida, parpadeando sin control, con las manos entre las piernas.

Ada se aterraba cuando pasaba las vacaciones escolares en esa misma casa. La madre desaparecía con frecuencia y ella, esperándola angustiada a orillas del lago—que conocí bajo la espesa niebla de diciembre—, se imaginaba que se había ahogado o la había abandonado. Sin embargo, estaba con el cura del pueblo. Años después, en ocasión de una visita del sagrado representante, tuvo una epifanía que le reveló en su rostro el de su otro hermano, mucho menor. Nunca su padre se atrevió ni siquiera a sospecharlo, pero ella lo confirmó: el tercer vástago de la familia fue también producto de la divina castidad y una mínima venganza.

Por esos años, el doctor integró a la familia a una asistente, aún menor que la madre. Comían todos juntos en una larga mesa de madera sin mantel cuando pasé a buscar a Ada. Llegaba de conocer el Habsburgo de los Welser, ladrones y banqueros reales, y Dachau, donde todavía flamea su advertencia como bienvenida: “El trabajo te hace libre”. El padre nazi, que me sabía la perdición de su hija, un artista latinoamericano y seguramente de sangre culpable, se levantó con odio y terror apenas me vio. Tomó abrigo y bufanda diciendo: “Der Teufel”, antes de abandonar intempestivamente la casa. Murió meses más tarde, no sé si de ese disgusto.

Escribir sobre esto sería repetir una historia que otros han imaginado más convincentemente. Agresores que sufren su propio espíritu de destrucción, seres que resultan fieles a aquella Austria que, siendo la primera cómplice, se le escurrió a la Historia como la primera víctima del nazismo. Ya Freud y Joseph Roth habían muerto para intentar explicarlo. Pero las responsabilidades fueron múltiples y variopintas, empezando por España, donde Occidente apostó un alfil por más de tres décadas, y algo todavía. Por eso brillan calvas huecas por entre diversas ideologías, abonando de consignas el sótano de la ansiedad europea. Las verdades se bifurcan a veces en mentiras verosímiles e historias inenarrables. Somos animales capaces de creerlo todo, cualquier cosa por aberrado que sea, sin embargo, a veces las palabras resisten y se quiebran.